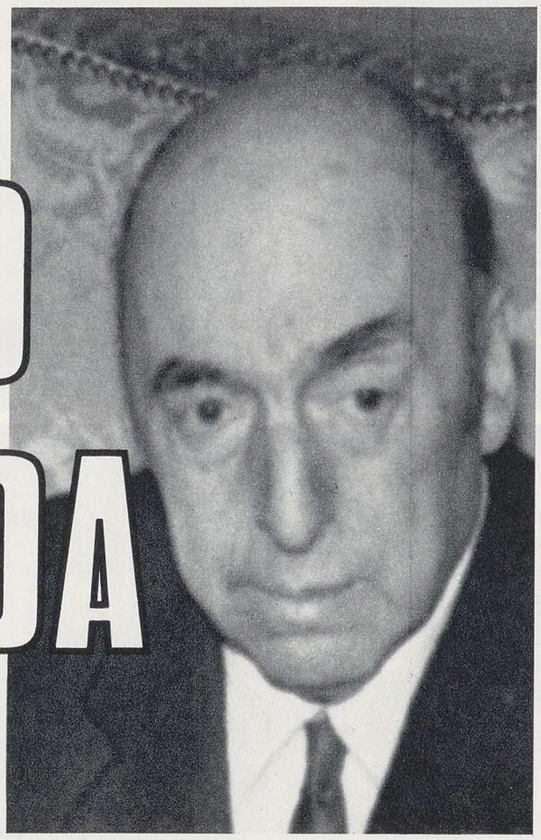
PABLO NERUDA



LA muerte de quien estaba considerado como uno de los más importantes poetas vivientes de la lengua española, el chileno Pablo Neruda, produjo una intensa emoción en los medios literarios del mundo. Al margen de toda consideración adicional en torno a la personalidad del poeta, centrándose los comentarios y juicios en la medular sustancia poética que Neruda trajo a las letras hispánicas de este siglo, el recuento obligado en la hora del tránsito obliga a no regatear al poeta Neruda, por ningún motivo, la admiración que su obra merece. En definitiva, el poeta, el pintor, el músico, quedan para la posteridad por su obra evidente y concreta.

El hecho de que Pablo Neruda —como rezaba oficialmente desde 1945 el nombre de quien por nacimiento se llamara Neftalí Reyes Basoalto— sea un contemporáneo nuestro dificulta la valoración exacta de sus méritos poéticos. Es sabido que se requiere una mínima perspectiva para captar en su grandeza real un panorama. Como ocurre con Pablo Picasso, otro ser que se mezcló demasiado en cosas ajenas a su arte magistral, sucede con Pablo Neruda que le tenemos demasiado próximo para acertar a escindir el Neruda esencial y perdurable del anecdótico y pasajero.

Hay sin embargo un peso tal de la obra poética realizada por Neruda desde los quince años de su edad, que podemos, sin correr grandes riesgos de error, afirmar que ha de quedar como un poeta de importancia excepcional, un artista que añadió mensuras y clarificaciones decisivas al mejor conocimiento del hombre y del paisaje americanos.

Por razón del tiempo en que viviera, por impe-

CANTO GENERAL DE CHILE

DESCUBRIDORES

Del Norte trajo Almagro su arrugada centella,
y sobre el territorio, entre explosión y ocaso,
se inclinó día y noche como sobre una carta.

Sombra de espinas, sombra de cardo y cera,
el español reunido con su seca figura,
mirando las delgadas estrategias del suelo.

Noche, nieve y arena hacen la forma
de mi delgada patria,
todo el silencio está en su larga línea,
toda la espuma sale de su barba marina,
todo el carbón la llena de misteriosos besos.

Como una brasa el oro arde en sus dedos
y la plata ilumina, como una luna verde,
su endurecida sombra de tétrico planeta.

El español sentado junto a la rosa, un día,
junto al aceite, junto al vino, junto al antiguo cielo,
no imaginó este punto de colérica piedra
nacer bajo el estiércol del águila marina.

HIMNO Y REGRESO

Patria, mi patria, vuelvo hacia ti la sangre.
Pero te pido, como a la madre el niño
lleno de llanto.
Acoge esta guitarra ciega
y esta frente perdida.

Salí a encontrarte hijos por la tierra,
salí a cuidar caídos con tu nombre de nieve,
salí a hacer una casa con tu madera pura,
salí a llevar tu estrella a los héroes heridos.

Ahora quiero dormir en tu substancia.
Dame tu clara noche de penetrantes cuerdas,
tu noche de navío, tu estatura estrellada.

Patria mía: quiero mudar de sombra.
Patria mía: quiero cambiar de rosa.
Quiero poner mi brazo en tu cintura exigua
y sentarme en tus piedras por el mar calcinadas,
a detener el trigo y mirarlo por dentro.
Voy a escoger la flora delgada del nitrato,
voy a hilar el estambre glacial de la campana,
y mirando tu ilustre y solitaria espuma
un ramo litoral tejeré a tu belleza.

Patria, mi patria
toda rodeada de agua combatiente
y nieve combatida,
en ti se junta el águila al azufre,
y en tu antártica mano de armiño y de zafiro
una gota de pura luz humana
brilla encendiendo el enemigo cielo.

Guarda tu luz, ¡oh patria! Mantén
tu dura espiga de esperanza en medio
del ciego aire temible.

En tu remota tierra ha caído toda esta luz difícil,
este destino de los hombres,
que te hace defender una flor misteriosa
sola, en la inmensidad de América dormida.

ALTURAS DE MACCHU PICCHU

(Fragmentos)

Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?
Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?
Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?
Fuiste también el pedacito roto
de hombre inconcluso, de águila vacía
que por las calles de hoy, que por las huellas
que por las hojas del otoño muerto
va machacando el alma hasta la tumba?

La pobre mano, el pie, la pobre vida.
Los días de la luz deshilachada
en ti como la lluvia
sobre las banderillas de la fiesta,
dieron pétalo a pétalo de su alimento oscuro
en la boca vacía? Hambre, coral del hombre,
hambre, planta secreta, raíz de los leñadores,
hambre, subió tu raya de arrecife
hasta estas altas torres desprendidas?

Yo te interrogo, sal de los caminos,
muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura,
roer con un palito los estambres de piedra,
subir todos los escalones del aire hasta el vacío,
rascar la entraña hasta tocar el hombre.
Macchu Picchu, pusiste,
piedra en la piedra, y en la base, harapo?
Carbón sobre carbón, y en el fondo la lágrima?
Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo
goterón de la sangre?

Devuélveme el esclavo que enterraste!
Sacude de las tierras el pan duro
del miserable, muéstrame los vestidos
del siervo y su ventana.
Dime cómo durmió cuando vivía.
Dime si fué su sueño
ronco, entreabierto, como un hoyo negro
hecho por la fatiga sobre el muro.
El muro, el muro. Si sobre su sueño
gravitó cada piso de piedra, y si él cayó bajo ella
como bajo una luna, con el sueño!

Antigua América, novia sumergida,
también, también tus dedos,
también tus dedos
al salir de la selva hacia el alto vacío de los dioses,
bajo los estandartes nupciales de la luz y el decoro,
mezclándose al trueno de los tambores y de las lanzas
también, también tus dedos,
los que la rosa abstracta y la línea del frío, los
que el pecho sangriento del nuevo cereal trasladaron

rativo del proceso biológico y cultural de las sociedades nacidas en América, Rubén Darío trajo al mejor conocimiento de ellas y de la significación cultural y sociológica de sus hombres unas muy importantes claridades y dimensiones; tocó a Pablo Neruda —y es ante todo por eso por lo que es un gran poeta—, traer al conocimiento general de sus contemporáneos, americanos o no, nuevas explicaciones del mundo americano, en lo físico, y del hombre americano en lo psicológico y en lo moral.

Como Darío, Neruda nació con una irresistible vocación de poesía. Los conocedores de su obra completa dan a conocer que a los quince años ya tenía escritos unos cien poemas, de los cuales iba a arrepentirse por razones estéticas, pero proclamaban su voluntad de explicación del mundo y de sí mismo a través de la palabra poética. Había nacido con la rara facultad de preguntarse y responderse por las cosas y por sí mismo, desde una postura eminentemente lírica, volviendo a descubrir, antes de ser un profesional de la literatura, la esencia del romanticismo, que es la preocupación por el destino del yo y por el ámbito y las emociones que lo rodean. Poseía además, a diferencia del poeta romántico del siglo pasado, una capacidad, o una vocación, muy intensa para penetrar con los sentidos en el interior de la materia, fuese esta vegetal o mineral, inerte, o en movimiento. Sus grandes poemas, acaso los que en definitiva esculpen su monumento de Poeta con mayúscula, son aquellos en los que derrocha esa capacidad de penetración, de interiorización, en las cosas, en los objetos, y en los sentimientos que más reacios parecen a la comunicación secreta con el hombre.

Pablo Neruda pudo decir de su primer libro Crepusculario, *publicado hace cincuenta años en este 1973 que ha visto la muerte del poeta:*

> *«Mi primer libro* Crepusculario, *se asemeja mucho a algunos de mis libros de mayor madurez. Es, en parte, un diario de cuanto acontecía dentro y fuera de mí mismo, de cuanto llegaba a mi sensibilidad. Pero nunca* Crepusculario, *tomándolo como nacimiento de mi poesía, al igual que otros libros invisibles o poemas que no se publicaron, contuvo un propósito poético deliberado, un mensaje sustantivo original. Este mensaje vino después como un propósito que persiste bien o mal dentro de mi poesía.»*

No necesitaba un mensaje expreso, porque fuese por intuición, fuese por ciego imperativo de su naturaleza y de sus facultades, producía en el hecho poético mismo una explicación de su estar en el mundo y de su apropiación del mundo circundante. En Pablo Neruda vemos clarísimamente la poesía vivida como un medio de conocimiento, como un instrumento de posesión del universo. Es esta facultad la que le permite adentrarse en la naturaleza americana, descrita exteriormente muchas veces antes, pero casi nunca explorada en su interioridad más íntima, con un dominio excepcional. El misticismo religioso de muchos de sus poemas iniciales se transformó en una mística del épico paisaje americano y de la hazaña humana que supone vivir allí y acometer el empeño de domesticar y dominar semejante realidad.

Como exploración del mundo en torno, la poesía de Pablo Neruda tiene un desarrollo eminentemente lógico: va de lo angustioso personal, del yo asaltado por dudas y por sentimientos de melancolía y pesimismo, ascendiendo hacia una plenitud que se identifica con la grandeza del escenario físico y humano. Las etapas de ese itinerario en busca de un conocimiento pleno, van del amor a lo local al amor a lo universal. Significativamente, el Canto General se llamó primero «Canto General de Chile». Pretendía el poeta ceñirse al dominio de lo nacional, de lo nativo, pero en la marcha de su toma de posesión del mundo en torno desbordó las fronteras de su patria y se fue hacia el universo americano.

Contribuyó a abrirle las nuevas puertas de la percepción, a darle nuevas claves de la realidad, el hecho físico de viajar, de irse muy joven hacia las misteriosas tierras del Oriente. Redondeaba así la visión de lo americano, y enriquecía para siempre sus facultades de penetración y de dominio mediante la palabra poética. De ahí vendría lo más hecho y profundo de su obra. Pero siempre lo americano ejercía sobre Pablo Neruda una evidente fascinación. Para rendir tributo al poeta desaparecido, MUNDO HISPANICO ha querido ceñir la selección de sus poemas a aquella parte de ellos donde más directa e intensamente se habla de la tierra americana, chilena o de otro sitio. Esta antología, aún breve y parcializada en lo geográfico americano como es, da por esta misma condición un resplandor que nos parece exacto de las virtudes poéticas de Pablo Neruda.

hasta la tela de materia radiante, hasta las duras cavidades,
también, también, América enterrada, guardaste en lo más bajo,
en el amargo intestino, como un águila, el hambre?

VI

Entonces en la escala de la tierra he subido
entre la atroz maraña de las selvas perdidas
hasta ti, Macchu Picchu.

Alta ciudad de piedras escalares,
por fin morada del que lo terrestre
no escondió en las dormidas vestiduras.
En ti, como dos líneas paralelas,
la cuna del relámpago y del hombre
se mecían en un viento de espinas.

Madre de piedra, espuma de los cóndores.

Alto arrecife de la aurora humana.

Pala perdida en la primera arena.

Esta fue la morada, éste es el sitio;
aquí los anchos granos del maíz ascendieron
y bajaron de nuevo como granizo rojo.

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña
a vestir los amores, los túmulos, las madres,
el rey, las oraciones, los guerreros.

Aquí los pies del hombre descansaron de noche
junto a los pies del águila, en las altas guaridas
carniceras, y en la aurora
pisaron con los pies del trueno la niebla enrarecida,
y tocaron las tierras y las piedras
hasta reconocerlas en la noche o la muerte.

Miro las vestiduras y las manos
el vestigio del agua en la oquedad sonora,
la pared suavizada por el tacto de un rostro
que miró con mis ojos las lámparas terrestres,
que aceitó con mis manos las desaparecidas
maderas: porque todo, ropaje, piel, vasijas,
palabras, vino, panes,
se fue, cayó a la tierra.

Y el aire entró con dedos
de azahar sobre todos los dormidos:
mil años de aire, meses, semanas de aire,
de viento azul, de cordillera férrea,
que fueron como suaves huracanes de pasos
lustrando el solitario recinto de la piedra.

XII

Sube a nacer conmigo, hermano.

Dame la mano desde la profunda
zona de tu dolor diseminado.
No volverás al fondo de las rocas.
No volverás del tiempo subterráneo.
No volverá tu voz endurecida.
No volverán tus ojos taladrados.
Mírame desde el fondo de la tierra,
labrador, tejedor, pastor callado:
domador de guanacos tutelares:
albañil del andamio desafiado:
aguador de las lágrimas andinas:
joyero de los dedos machacados:
agricultor temblando en la semilla:
alfarero en tu greda derramado:
traed a la copa de esta nueva vida
vuestros viejos dolores enterrados.

Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,
decidme: aquí fui castigado,
porque la joya no brilló o la tierra
no entregó a tiempo la piedra o el grano:
señaladme la piedra en que caisteis
y la madera en que os crucificaron,
encendedme los viejos pedernales,
las viejas lámparas, los látigos pegados
a través de los siglos en las llagas
y las hachas de brillo ensangrentado.
Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.
A través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habladme toda esta larga noche,
como si yo estuviera con vosotros anclado,
contadme todo, cadena a cadena,
eslabón a eslabón, y paso a paso,
afilad los cuchillos que guardasteis,
ponedlos en mi pecho y en mi mano,
como un río de rayos amarillos,
como un río de tigres enterrados,
y dejadme llorar, horas, días, años,
edades ciegas, siglos estelares.
Dadme el silencio, el agua, la esperanza.
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.
Apegadme los cuerpos como imanes.
Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

JOSE DE SAN MARTIN

Cuando entró San Martín, algo nocturno
de camino impalpable, sombra, cuero,
entró en la sala...
San Martín era fiel a su pradera.
Su sueño era un galope,
una red de correas y peligros.
Su libertad era una pampa unánime.
Un orden cereal fue su victoria.
Bolívar construía un sueño,
una ignorada dimensión, un fuego
de velocidad duradera,
tan incomunicable, que lo hacía
prisionero, entregado a su substancia.

Cayeron las palabras y el silencio.
Se abrió otra vez la puerta, otra vez toda
la noche americana, el ancho río
de muchos labios palpitó un segundo.
San Martín regresó de aquella noche
hacia las soledades, hacia el trigo.
Bolívar siguió solo.